

La Época, Santiago de Chile
15 de marzo de 1994

Eduardo Labarca

¿Existió en Chile el año 1972?

De los muchos libros que se han escrito sobre Chile existe uno, publicado hace veinte años en España, del que varios amigos me habían hablado, pero que hasta ahora no había podido conseguir ni menos leer. Mi curiosidad se debía entre otras cosas a que conozco y aprecio a Miguel Sáenz, su autor español, por lo que traté de conseguirlo con librerías de Madrid, Barcelona y Sevilla, que contestaron mis cartas diciendo que del libro *Si vas para Chile* no quedaban huellas.

Con los libros sobre Chile ya había tenido yo experiencias inesperadas. La primera vez que llegué a Nueva York en busca de trabajo encontré en la formidable librería *Barnes and Noble* un mesón enorme repleto únicamente de libros acerca de Chile: la mayoría eran de tapa dura y los liquidaban a un dólar. Había allí testimonios y reportajes sobre el gobierno de Allende, el golpe militar y el régimen de Pinochet, estudios de antropología, economía y sociología, relatos de viajes, ensayos de historia y política, informes sobre derechos humanos, recopilaciones de artículos y entrevistas. Toda mi riqueza consistía en treinta dólares y decidí heroicamente gastármelos en esos libros sobre mi lejano país. Cuando hube seleccionado los treinta títulos que me llevaría, comprobé que el peso era de unos quince kilos y que por su volumen los libros llenarían una de las dos maletas que tenía derecho a llevar en el vuelo de regreso a Europa. Mientras trataba de descartar algunos, me hice a mí mismo una pregunta: ¿Necesitaba yo esos libros? La respuesta me vino sola: A estas alturas de mi vida no leería ninguno de ellos de comienzo a fin. "Si un día necesito uno de estos libros como referencia –me dije– lo buscaré en una biblioteca". Salí con la manos vacías: me había ahorrado treinta dólares y un lastre de quince kilos. Pero ahora sospecho que mi decisión fue tal vez un acto de liberación inconsciente: el primer paso para dejar atrás un pasado que me pesaba demasiado y dirigir la vista hacia el futuro.

Cuando hace dos semanas, en el *Flohmarkt* –el mercado de las pulgas de Viena– me di a boca de jarro con el libro de Miguel Sáenz, mi sorpresa fue grande por encontrar una obra tan buscada en ese lugar, a pocas cuadras de mi casa. Y grande fue también mi curiosidad, porque me

habían contado que *Si vas para Chile* era todo lo contrario de un libro de referencias. "Es un libro completamente loco", me había dicho un amigo. Cuando llegué a mi casa y abrí la extraña novela comprobé que mi amigo tenía razón...

"¡CHILEES - YSERA - UNPAISENLIBERTAD!... ¡CUBA-NO - CHILE-SI! ¡CUBA-NO - CHILE-SI!... ¡MUJERESSOMOSMUCHAS - ALLENDE - ESCUCHA!... ¡ATRASZ - ATRASZ - GOBIERNO INCAPASZ! ¡ATRASZ - ATRASZ - GOBIERNO INCAPASZ!"

El protagonista de la novela –el Sr. Goñi–, un español desembarcado en Santiago en mayo de 1972, se topa en la calle con una manifestación política: "Banderas de plástico o plastificadas. Grupos. Más grupos. Mirones. Hippies extranjeros haciendo el bobo. Cámaras. Acción. Señoras, muchas señoras, aunque –se dijo un tanto decepcionado el Sr. Goñi– no parecían pertenecer a estamentos sociales elevados... ¿Qué tenía que ver él con todo aquello? Pero la curiosidad pudo más y aguantó a pie firme..."

El Sr. Goñi llegaba a Chile como traductor de la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo –la UNCTAD– para la cual el gobierno de Allende construyó a matacaballos el edificio al que esa sigla daría su nombre, que más tarde se llamaría Gabriela Mistral y que los militares rebautizarían como edificio Diego Portales. En la vida real, Miguel Sáenz, el autor de *Si vas para Chile*, trabajó en esa conferencia como traductor, enviado por las Naciones Unidas. De regreso a España escribió este libro desaliñado que obtuvo entonces el Premio de Novela Ciudad de Murcia. Sáenz, hombre múltiple, es actualmente uno de los traductores literarios más destacados de España. Su traducción al castellano de *El rodaballo* de Günter Grass, que los lectores chilenos bien conocen, le valió el Premio Nacional de Traducción. Por *La historia interminable*, de Michael Ende, obtuvo el premio de traducción de libros infantiles. Ha traducido a los dos escritores austríacos más importantes de la posguerra: Thomas Bernhard y Peter Handke. Del inglés, Sáenz tradujo *Vergüenza*, de Salman Rushdie, el autor de los *Versos satánicos* condenado a muerte por unos ayatolas enemigos de la cultura. Miguel Sáenz –quien es autor además de otras novelas y cuentos, de un libro sobre jazz y de un tratado sobre el derecho aéreo de los estrechos marítimos internacionales– recibió también el Premio Nacional de Traducción de España por el conjunto de su obra. Hace una semana, en presencia de lo más granado de la intelectualidad española y de varios ministros del gobierno socialista, se estrenó en el teatro María Guerrero de Madrid la primera versión no censurada que se representa en España del *Marat-Sade*, de Peter Weiss. Su traductor: Miguel Sáenz, el hombre de voz reposada y barba cana que hace más de dos décadas escribió *Si vas para Chile*.

A los pocos días de presenciar por primera vez una manifestación en las calles de Santiago, el Sr. Goñi vuelve a oír una tambor, "un redoble que hoy tenía distinta letra":

"¡MOMIO - ESCUCHA - ELPUEBLOVAALALUCHA!"

Organización de las columnas.- Columna 1: **Los fascistas no pasarán**, partida de Av. Providencia con Av. Salvador. Columna 2, **El pueblo al combate**, partida de Av. Matta con Arturo Prat. Columna 3, **Area social cueste lo que cueste**, partida de Vicuña Mackenna con Rodrigo de Araya.

"¡MOMIO - AHORA - SACA LA CASZEROLA!... ¡ALLENDE - ALLENDE - EL PUEBLO TE DEFIENDE!"

En la novela se desgranar los titulares de prensa:

"MOMIO: ¿CUANDO NOS DESAFIAI A OTRA MARCHITA? – INDIGNANTE CHANTAJE DE LA UP AL PUEBLO – OBLIGARON A MARCHAR A MILES DE HOMBRES Y MUEJERES – ALLENDE ANUNCIA EXPROPIACION DE LA COMPAÑIA DE TELEFONOS"...

Si vas para Chile no es un libro político ni sobre política. Es la novela del asombro de un extranjero que llega a Chile en momentos en que toda la sociedad se ve conmocionada desde las raíces. El Sr. Goñi camina por las calles, asiste al teatro, lo invitan a fiestas, se interesa por la comida, el fútbol, las sesiones del Parlamento, la lucha libre, los avisos de la prensa. Ve películas de Helvio Soto, Raúl Ruiz y Miguel Littín, va al ballet, a un concierto del Quilapayún, a las carreras de caballos: 1ª Corredor, 2ª Grazie, 3ª Goliat, 4ª La Leilita, 5ª Hilera, 6ª Rey Pobre; rival: Loncoche; sorpresa: Dolchevito...

Entretanto, la conferencia de la UNCTAD sigue su curso, con el agitado debate entre países ricos y países pobres. En los pasillos se suceden hechos inesperados, como la huelga de los periodistas que se niegan a informar de la conferencia mientras ésta no condene los bombardeos de Estados Unidos a Viet-Nam. En la medialuna de Rancagua el Sr. Goñi asiste al Champion Unctad III y cuando una noche entra con sus amigos a un prostíbulo, en el salón principal los recibe un enorme letrero: "Bienvenidos Delegados de la UNCTAD". Y en otra oportunidad:

"-¿Vamos entonces?"

"- Vamos.

"-¿A dar una vuelta tranquilos?"

"-A tomar pisco sauer y bailar con todas las lolas.

"Caminaron por la Alameda O'Higgins con paso rápido, porque el frío era de respeto. Detrás de ellos, más negro que la noche, el macizo edificio de la UNCTAD, custodiado, como siempre, por decenas de policías."

Una lola de minifalda, llamada Eliana, se cruza una y otra vez en el camino del protagonista. Pero el arduo trabajo que él tiene en la UNCTAD, su estupefacción ante este país estafalario, el recuerdo de su mujer y su hija, hacen abortar la aventura. Después de su jornada de traductor, el Sr. Goñi conoce en calidad de invitado las casas de varios chilenos donde oye recitar a poetas locales y participa en apasionadas discusiones literarias. Un amigo ocasional le dice que "la poesía es el cáncer de América Latina" y otro trata de convencerlo de que la cueca es un sucedáneo del acto sexual. En todas partes adonde van, los delegados y funcionarios de la UNCTAD se regodean con el el vino, la chicha y el pisco de Chile y le hincan el diente a los locos, choros, picorocos, a las almejas y los erizos. Siempre se termina cantando: "Si vas para Chile..." Pero antes de abandonar el país, el Sr. Goñi recorre supermercados y botillerías sin conseguir una botella de pisco Control etiqueta negra: ha llegado el desabastecimiento.

"Se había chilenizado. Se había dejado hundir en la carne de Santiago, hecha de nieblas súbitas y refilones de sol, policías de mandíbulas poderosas, colegialas de pelo negro y partido en dos, vendedores de palta, sánquiiches de lomito, barquitos de maní, "viejo verdes"... Había comido candentes ajíes procedentes de potes de dudosa limpieza, y se había acostumbrado a enjugarse la boca con minúsculos y ridículos cuadraditos de papel. Había aprendido a servirse sabiamente de la lata de nescafé... y a meterse entre pecho y espalda toda empanada que le pusieran sin entrar en averiguaciones... Se había chilenizado, pero seguía sin entender nada de lo que pasaba en el país. En el fondo, tampoco los chilenos parecían entender gran cosa..."

Miguel Sáenz, el autor de *Si vas para Chile*, acaba de estar en Viena y pensé tomarle una foto para ilustrar este artículo: él no quiso. Lo noté incómodo por la sola idea de que su olvidado libro fuera a revivir en esta crónica. "En mi novela hay una visión demasiado frívola, teniendo en cuenta lo que pasó después. La tragedia estaba allí, latente. A la visión de mi libro se sobrepusieron hechos mucho más importantes y graves", me dijo con algún remordimiento. Aprovechando un llamado telefónico a Santiago, le hablé a Carlos Orellana, editor de Planeta de Chile, de la posibilidad de reeditar este libro. "Los chilenos no se interesan por su pasado... al menos en este momento", me dijo Orellana con cierta amargura. Por lo visto el año 1972 constituía una carga que nadie quería llevar en su maleta. Para ver si era cierto que ese año se había borrado de la memoria, le mandé el libro a Santiago por DHL a mi hija Javiera y ayer la llamé por teléfono. Había leído *Si vas para Chile* y su voz sonaba desorientada: "¿Qué fue la UNCTAD?", me preguntó. En 1972 ella tenía un año.